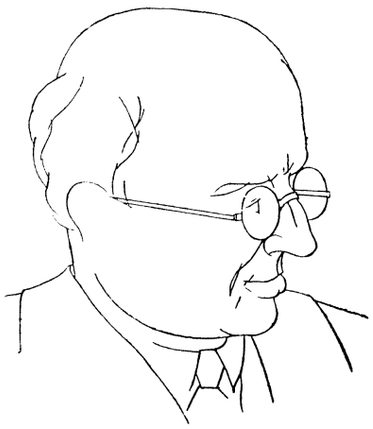
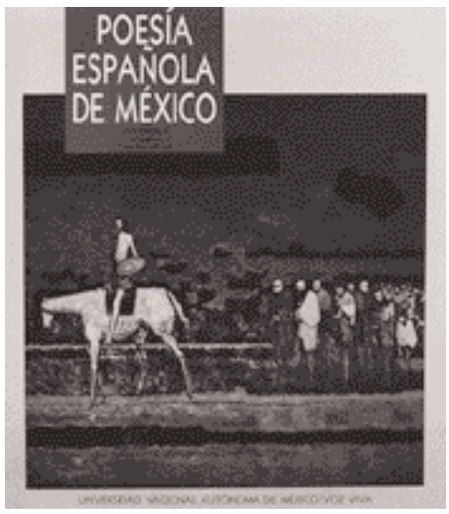
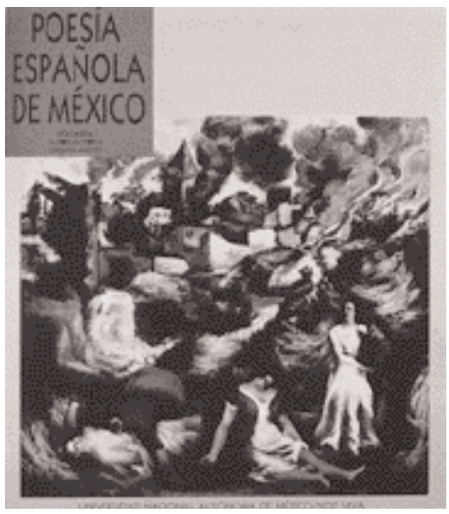
Un poeta iluminado

Sealtiel Alatriste



18 de septiembre de 1968: Muere el poeta español, que se exiliaría en México en 1940, León Felipe Camino.





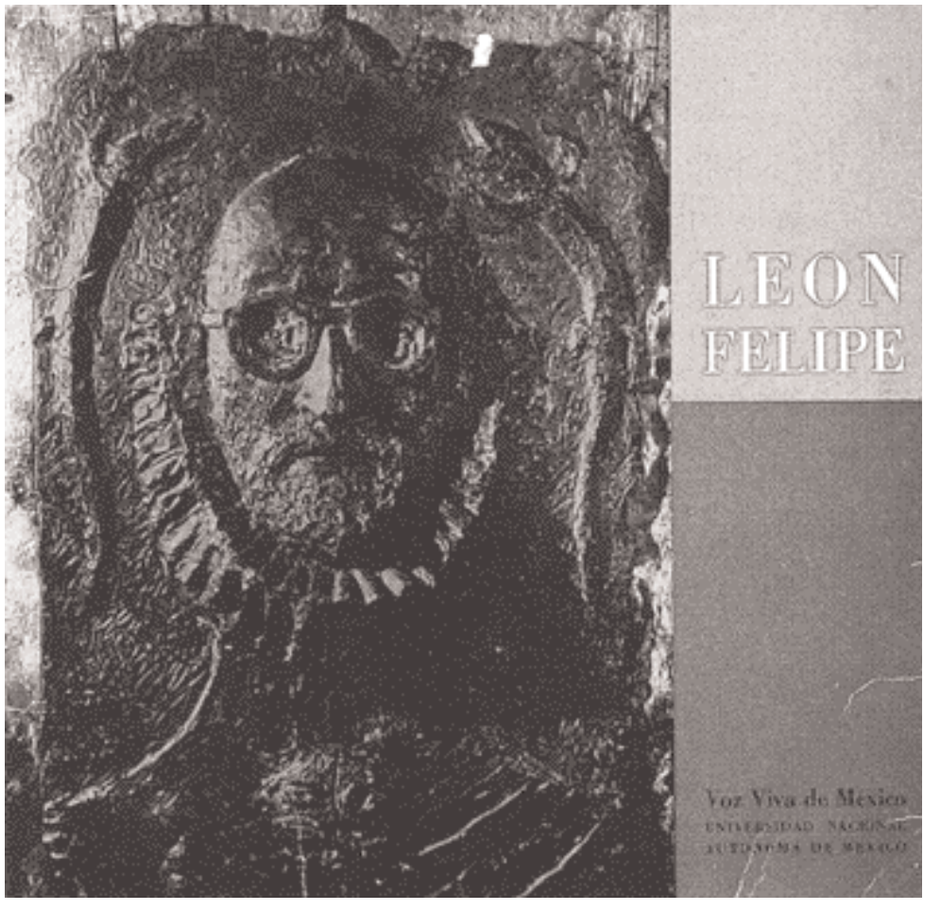
Cuando la Muestra de cine se llevaba a cabo en el cine Roble, vi un corto sobre León Felipe Camino, quien acababa de publicar su último libro: *¡Oh, este viejo y roto violín!* El documental recogía su voz sonora, potente, cascada y paradójicamente dulce, diciendo sus versos. Recuerdo su imagen recibiendo la luz difusa del sol a través de la ventana de su departamento, y su voz, mezcla de arrebato místico y compromiso político, arrastrando las eses y marcando con vigor las jotas, aquella voz de ángel de la cual quedaría irremisiblemente enamorado: *¡Qué mal suena este violín*, decía el poeta, *León Felipe, vas a tenerte que comprar otro violín... ¡A buena hora!... ¡A los ochenta años!* Había llegado a la prodigiosa edad de los ochenta con el alma dura de castellano gritón que siempre lo caracterizó, y con esa fortaleza nos entregaba uno de los libros más bellos de poesía que hasta entonces se hubieran publicado en este país.

¿Cómo era posible que aquel hombre, en cierta forma rudo, hubiera sido calificado alguna vez de señoritingo burgués? No conocía su vida —faltaba poco para que apareciera la biografía que Luis Rius terminaba— pero el documental hacía una breve semblanza biográfica: su verdadero nombre era Felipe Camino Galicia de la Rosa y había nacido en 1884 en el pueblo de Tábara, Zamora, dentro de una familia acomodada. Se licenció en farmacia, pero su febril juventud lo llevó a recorrer España enrolado como actor de una compañía ambulante, en la cual pudo mantenerse gracias a que se empleó en diferentes farmacias de los lugares por los que pasaba. La imagen de un cómico de la lengua que se alimentaba gracias a que era boticario parecía lo suficientemente atractiva como para haber construido una leyenda sin necesidad de volverse poeta, y es evidente que aquella temporada dejó una profunda huella en el tono juglaresco que habrían de tener sus poemas.

Pasó tres años en la cárcel, acusado de desfalco. Una vez libre, se unió a una chica peruana, Irene Lambarri, con quien se fue a vivir a Barcelona. Al poco tiempo se separaron y León decide marchar a Madrid para sumergirse en la vida bohemia y sufrir la pobreza con todas sus consecuencias. *Versos y oraciones de caminante* fue su primer libro de poemas, que leyó hacia 1919 en el Ateneo de Madrid. El poema que abre el libro marcaría el devenir de una generación a la que León desconocía entonces, la mexicana de los años sesenta: *Nadie fue ayer, ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios por este mismo camino que yo voy. Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol... y un camino virgen Dios.*

Después de algunos viajes sin sentido, en 1922 viene por primera vez a México, portando una carta de Alfonso Reyes que le abriría las puertas del ambiente intelectual mexicano. Aquí se dedicó a la enseñanza, fue bibliotecario en Veracruz y agregado cultural de la Embajada de la España republicana. Viaja a los Estados Unidos, donde fue profesor de Literatura en distintas universidades, conoce a Berta Gamboa, profesora también, con quien se casa. Hace su genial traducción, o paráfrasis, de *Hojas de hierba* de Walt Whitman. Regresa a España para combatir en la Guerra Civil y finalmente se exilia en México, de donde nunca más saldría.

El fin de semana que siguió a la exhibición del documental sobre su vida fui al bosque de Chapultepec, a las faldas del Castillo, donde León leía cada domingo. Llegó con su saco de franela, su camisa a cuadros y la boina negra que tanto le gustaba. Se sentó, nos miró con cariño, casi con condescendencia y dijo el poema que más me impresionó de esa época: *Soy ya*



tan viejo y se ha muerto tanta gente a la que quisiera pedir perdón. Me estremeció su voz tanto como la humildad de sus palabras. Su perdón tenía algo de su rebeldía, de una rebeldía de quien no se acostumbra a conformarse. *Voy olvidando... olvidando... pero quiero que la última palabra, la última palabra pegadiza y terca que recuerde al morir sea ésta: perdón.* A partir de esa mañana seguí visitando todos los domingos la escarda del Castillo para escuchar a León, ese poeta iluminado, sintiendo que sus versos desnudaban la realidad. Creo que no volví a sentir lo mismo hasta que escuché leer a Jaime Sabines, nuestro gran poeta, que tantas afinidades y deudas literarias tiene con León Felipe. Seguí asistiendo, repito, hasta que en una ocasión, porque estaba afónico, el poeta no pudo leer y pidió a quienes lo escuchábamos que lo ayudáramos. Yo, ni tardo ni perezoso, me apunté y leí un poema breve tratando inútilmente de decirlo con la calma con que él nos había acostumbrado a escuchar su poesía. Cuando terminé y le entregué la hoja doblada que me había dado, con una sonrisa cariñosa dijo: "Gracias, hijo, lo has arruinao".

A veces iba a verlo a su tertulia del Sorrento de las calles de Gante. No conversaba con él, sólo lo veía de lejos departir con sus amigos exiliados entre los que estaba el gran novelista Manuel Andújar, con quienes desfogaba su mal humor. Evocando ahora el mal talante que tenía, Elvira Gascón me contó que una tarde, a la hora de la siesta, Berta, su mujer, descubrió a un ladrón en su casa y sólo se le ocurrió decirle: "váyase en silencio y no robe más cosas, no sea que despierte a León. Se pone de un genio fatal cuando alguien le interrumpe la siesta".

León Felipe murió en septiembre de 1968, en plena euforia del movimiento estudiantil, cuando el gobierno de Díaz Ordaz recrudecía su odio contra los jóvenes. El tirano no entendía que, como nos había enseñado el poeta iluminado, anhelábamos una sociedad alegre, justa, vitalmente gritona. No nos entendía, como quizá no entendía la voz de León ni la de los muchos que pedían un cambio.

Su muerte sobrevino en el momento en que el ejército invadía Ciudad Universitaria. Me acuerdo que estaba en una fiesta cuando un amigo se acercó para darme las dos noticias. No supe entonces —no lo sé ahora— cuál de las dos me dolió más. Mi Universidad, baluarte del pensamiento libre, de la crítica, de la investigación, de la gran cultura mexicana, era brutalmente reprimida a culatazos en el momento en que se extinguía una de las voces más potentes de la lírica española. Un día había dicho: *Toda la luz de la tierra la verá un día el hombre por la ventana de una lágrima... Españoles, españoles del éxodo y del llanto: levantad la cabeza y no me miréis con ceño porque yo no soy el que canta la destrucción sino la esperanza.* Esa noche nefasta del 18 de septiembre Díaz Ordaz había convertido a los ciudadanos sensatos de este país en españoles del éxodo y del llanto.

Salí de la fiesta pensando que no volvería a ver mi Universidad como la había visto tantos años, aún antes de matricularme en ella, no volvería a ver a León en la cuesta del cerro de Chapultepec, nunca más me daría uno de sus poemas para que lo arruinara con mi tono enamorado, pero era la suya, su voz cascada y sabia, la que resonaba un mi cerebro. *¡Qué lástima que yo no pueda entonar con una voz engolada esas brillantes romanzas a las glorias de la patria! ¡Qué lástima que yo no tenga una patria!* Era uno de los poemas que había dicho en el documental y yo evocaba su rostro arrugado como si estuviera sobrepuesto al edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, donde el eco de las botas militares resonarían por los pasillos. No era dado a la autocompasión, la palabra lástima me irritaba, pero ése era el poema que se me venía a la cabeza: *¡Qué lástima que no tenga un abuelo que ganara una batalla… Porque, ¿qué voy a cantar si no tengo ni una patria, ni una tierra provinciana, ni una casa solariega y blasonada, ni el retrato de un abuelo que ganara una batalla, ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada?*

Si Gustavo Díaz Ordaz, aquel presidente terco y asesino, nos hubiera escuchado, si hubiera escuchado los versos de León Felipe Camino, otro hubiera sido nuestro futuro, otro tal vez, sería hoy nuestro presente.